

una democracia, al menos hasta el verano de 1976; y que sólo cuando la presión popular hizo insostenible que el rey mantuviera a Arias Navarro como Primer Ministro se inició una transición a la democracia. Esta historiografía crítica nos habla de un tardofranquismo y una transición mucho menos edulcorados de lo que normalmente se nos presentan. Una historiografía que ha sido duramente atacada no ya por sus deméritos académicos, sino porque erosiona el mito fundacional de la actual democracia española, esto es, la idea de una transición idílica, consensuada y pacífica. En ocasiones estas interpretaciones históricas críticas de la transición se han utilizado por parte de políticos y periodistas para atacar al actual régimen constitucional y hablar de un supuesto 'déficit democrático de fábrica'; pero este tipo de debates políticos y mediáticos no dejan de ser, precisamente, buenos ejemplos de la madurez de la democracia española. Y en cualquier caso, ¿qué tiene de malo que los historiadores se dediquen a desmontar mitos sobre el pasado?

*Alejandro Quiroga*

DÍAZ HERNÁNDEZ, Onésimo: *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Universitat de València, 2008, 617 pp.

El libro que reseñamos es una detallada monografía sobre la política y la actividad culturales del intelectual y político Rafael Calvo Serer (Valencia, 1916-Pamplona, 1988) y de sus «amigos culturales». El principal cauce de esa acción cultural fue la revista del CSIC *Arbor*, de la que fue «primer espada» entre 1946 (año de la consecución por Calvo de la cátedra en Madrid) y 1953 (cuando un artículo suyo publicado en París contra la política cultural del entonces ministro Joaquín Ruiz-Giménez llevó a la destitución de Calvo en todos sus cargos en el CSIC y a su exclusión voluntaria, aunque temporal, de los foros públicos). Calvo y *Arbor* se convirtieron en dichos años en el núcleo en torno al cual se formó un grupo no fácil de definir, del que formaban parte Florentino Pérez Embid, Gonzalo Fernández de la Mora (a quien el autor considera el «tercer hombre» del grupo), Leopoldo Eulogio Palacios, Esteban Pujals, Roberto Saumells, Raimundo Paniker, Hans Juretschke, José Luis Pinillos, Jorge Vigón o Ángel López-Amo. Son los más asiduos colaboradores de una revista en la que escribieron muchos jóvenes especialistas en las ciencias humanas y sociales. *Arbor* fue la primera de las iniciativas del grupo, entre las que cabe citar la editorial Rialp y su «Biblioteca del Pensamiento Actual» (BPA) o el Ateneo de Madrid por estos años.

El autor organiza el libro en tres grandes partes que, como los capítulos que las integran, están escritos al hilo de la cronología: «La formación de un grupo de intelectuales (1943-1948)» (pp. 33-178), «La configuración del grupo *Arbor*

(1949-1952)» (pp. 181-407) y «La cristalización de una minoría pensante y dirigente» (1952-1953)» (pp. 409-575). Díaz Hernández conoce y cita la bibliografía, bastante rica ya, sobre la cultura durante el franquismo, pero, a mi modo de ver (consultados los libros, revistas y periódicos que se publicaron en aquellos años), el libro es especialmente interesante por la documentación que maneja: el amplio archivo de Calvo Serer y buen número de otros archivos privados de protagonistas de la época. ¿Qué es lo que une a este grupo de universitarios cuyos miembros, desde luego, pensaban por sí mismos, proponían diversos enfoques o tesis sobre los asuntos de su especialidad? (Es el caso, entre los historiadores, de José María Jover o Vicente Palacio). Creo (como el autor) que el rasgo común más importante es su visión tradicionalista y católica de España y Europa, desde la que la que se interpreta el pasado y se proyecta el futuro. Calvo Serer era un fervoroso seguidor de Menéndez Pelayo y admirador de Ramiro de Maeztu, y para él es la España monárquica y tradicional el camino para entender la trayectoria de la nación y las condiciones que habían de tenerse en cuenta para encauzar su futuro. Para Calvo Serer y su grupo, la guerra civil había dado lugar a un régimen de ese tipo y tanto el grupo de los «falangistas liberales» (Laín Entralgo, Tovar, Ridruejo...) como los intelectuales de las generaciones anteriores (en particular, Unamuno y Ortega y orteguianos como Julián Marías, «el último apologista del krausismo», según Calvo) no debían ser admitidos en la construcción de la nueva España, una «España sin problemas». Es la del grupo *Arbor* una visión que difícilmente se podía sostener después de asentada en Occidente la democracia parlamentaria y también después del Concilio Vaticano II, del que, aunque su tesis pueda discutirse, afirma Díaz que «marcó una profunda huella en la evolución de Calvo Serer», que aceptó el pluralismo ideológico y la autonomía en materias políticas y sociales. El Calvo del grupo *Arbor* y el del diario *Madrid* o la Junta Democrática ponen de manifiesto una concepción muy distinta de la Monarquía, del Estado y del futuro de España.

Muy influido por Eugenio Vegas y «Acción Española», Calvo Serer desarrolló desde los años cuarenta, junto a la acción cultural, una actividad política al servicio de Don Juan «a la espera —escribe el autor— de un acuerdo de Franco con Don Juan», pero Díaz Hernández demuestra, contra las afirmaciones de algunos políticos y escritores, que no hizo el papel de «doble agente» entre ambos y se mantuvo monárquico toda su vida. La apuesta «restauracionista» de Calvo y sus más cercanos amigos era otro motivo de conflicto con los «falangistas liberales» y también con los hombres de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, entre los que se encontraba en aquellos momentos Ruiz-Giménez). Otros dos rasgos de la acción cultural de Calvo Serer en estos años, bien expuestos por el autor, son: el primero, la buena sintonía entre los hombres de *Arbor* y la intelectualidad catalana (con *Vicens Vives* en primera línea) y en menor grado con la vasca; el segundo, el interés por conectar con intelectuales católicos (en la mayor parte de los casos profesores de universidad) de otros países de Europa, a través

de sus numerosos viajes y de invitaciones a foros como los del Ateneo, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (en la que, hasta el verano de 1949, tenía una cierta influencia) o las Conversaciones Católicas de San Sebastián. En definitiva, el libro de Díaz Hernández, bien escrito y que plantea pocos problemas desde el punto de vista formal (la única deficiencia importante es la no inclusión en el índice onomástico de los nombres de personas cuando son citadas en sus por otra parte numerosas y amplias notas), constituye una importante y rigurosa aportación a la historia cultural española durante el franquismo.

*Ignacio Olábarri*